

Memorialistas & Viajeros

Emilio Salgari: “Mis Memorias”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Me atrevo a afirmar que cualquier lector de mi generación (la nacida a mediados del siglo pasado), y digo bien *lector* en género masculino, y repito *lector* en el sentido de alguien que realmente lee libros y no simplemente sabe leer; y si además ese lector ha adquirido hábitos de lectura desde tierna edad infantil, seguramente nombraría a Emilio Salgari (1862-1911) entre sus autores favoritos. Señalo a mis contemporáneos Umberto Eco y Fernando Savater, ilustres ellos, como confesados devotos de Salgari. Aunque también algunos más antiguos, de la generación de mis padres, como Julio Cortázar y Ernesto “Che” Guevara, se declararon en su momento no sólo admiradores sino fanáticos de las novelas de piratas, bandoleros y exploradores del autor italiano.

Salgari nació en Verona (la ciudad de Romeo y Julieta) y su sueño desde niño fue partir a Venecia para enrolarse como marino. Quería ser capitán de barcos. Algo navegó, sufrió una enfermedad (“fiebres tropicales”), y se vio obligado a instalarse en tierra. Hizo periodismo y después se dedicó a escribir narraciones de aventuras. En su libro de memorias, publicado póstumamente en 1929, menciona a H.G. Wells, a Julio Verne, al Quijote de Cervantes, como sus influencias principales. Luego empieza un juego de mistificaciones que deja asombrado. Se declara descendiente de nobles dálmatas y guerreros persas, y acredita aventuras en la India, en Borneo, en Sudán, en los mares del sur, en las praderas de Nebraska (donde conoce Búfalo Bill). Nunca anduvo por allí...

“Experimenté la necesidad de escribir, primero para desahogar el tumulto de impresiones que me quedaron de mi vida inquieta y peligrosa. Luego, porque la necesidad moral se convirtió en la necesidad material de cambiar la página escrita por pan”. Insiste mucho Salgari sobre su “quijotismo”, una postura en favor de las causas justas, cosa que trasunta, de modo indudablemente ingenuo, en sus escritos. Pero también hace notar el lado violento y duro de su personalidad; y aquí viene la mención a Don Rodrigo, el combativo héroe español. Un duelo, que lo lleva por unos días a la cárcel, es reflejo de esta actitud. Para la anécdota, el recientemente fallecido Paco Ignacio Taibo I, autor de una biografía del “Che” Guevara, afirma que el talante rebelde del revolucionario le venía más bien de Salgari que de Marx.

Aprendemos de sus recuerdos un hecho insólito: una inglesita seductora que lo humilla en su adolescencia provoca en Salgari un odio parido contra los ingleses. Por eso crea a Sandokan, un personaje que lucha por su libertad y contra el colonialismo imperial británico. En sus memorias afirma que el personaje es real; y que él estuvo a su servicio en las batallas (perdidas) contra los ingleses. No es el único de sus personajes que sustenta esta actitud, ya que tanto el Corsario Negro como el Capitán Morgan, aparecen combatiendo contra ingleses y holandeses en el Caribe. Sus historias del Far West se ponen del lado de la independencia americana. Asegura que como italiano se siente solidario de los pueblos que han sido invadidos y expoliados por extranjeros.

Deja abierta la posibilidad de que la fantasía se apodere de su pasado: “Yo traduzco con perfecta fidelidad lo que mi memoria me sugiere e invito a los lectores corteses a creer en la posibilidad real de estos mis recuerdos...”. Abomina de lo que llama los “novelones de género sentimental o erótico”, en boga por la época entre la juventud, propugnando “libros que robustezcan sus sentimientos viriles, que les preparen para una vida más ardua, que les inculquen un mayor sentido de la libertad personal, que les infundan amor a los viajes, a los riesgos, a las aventuras”.

Mis Memorias es, sin embargo, un libro profundamente amargo. La enorme cantidad de supercherías que Emilio Salgari introduce para convencer a su público que sabía de qué estaba hablando cuando escribía sobre lugares y sucesos remotos, no logra esconder el estado mental deplorable en que transcurrieron sus últimos años de vida. Pobre y endeudado, con dificultades para mantener a su esposa (progresivamente enferma mental) y a sus cuatro hijos, se queja con pasión de las estafas que atribuye a sus editores, enriquecidos a su costa. Sus problemas con los editores no se limitan a cuestiones de pagos mezquinados y exigencias de cumplimiento de plazos, sino también a aprobaciones de argumentos. Debe aceptar incluso a plagiadores. Tales humillaciones lo van minando.

Un intento de suicidio en 1910, clavándose un puñal en el pecho, deteriora aún más su precaria salud física y mental. Finalmente, un año después, se hace un torpe *harakiri*, el suicidio ritual japonés. Sus memorias se detienen con el anuncio de ese suicidio. Tenía 48 años y era una figura adorada por los lectores italianos. Deja tres cartas: a los diarios de Turín para que ayuden a su familia; a los editores increpándolos por su perversidad; y a sus hijos pidiéndoles perdón por tal decisión. La leyenda cuenta que en su funeral, donde estuvieron ausentes cualesquiera autoridades, una multitud de jóvenes con un libro suyo bajo el brazo, rindió homenaje a quien tanta alegría les brindó con sus obras.

El libro de memorias tiene un epílogo con un mensaje de los hijos en homenaje al padre, que reza así: “La lección sensible y elemental que enseña en sus novelas está conforme con el alma nueva que el *Duce* ha transmitido a los italianos. La necesidad de la aventura generosa es sentida por nosotros con todo el heroísmo que comporta el formarse un *alma colonial* italiana”. Salgari, vocero del hombre nuevo fascista. ¡Vaya, vaya! Tras su muerte, los retoños Omar y Nadir redactaron falsas novelas firmadas por el padre. ¡Cría cuervos...!

